

Notas de Dar (el) duelo

Give (the) mourning notes

Vir Cano
UBA-CONICET

Los textos que siguen son parte de una serie de escritos que reflexionan, en la forma híbrida del diario íntimo, las notas filosóficas y la poetización de la auto-hetero-biografía (como decía Derrida), en torno a la experiencia del duelo de mi hermano Nicolás, quien falleció cuando tenía veinte años y yo catorce. Al igual que los escritos previos reunidos en el libro *Dar (el) duelo. Notas para Septiembre* (Galerna, 2020), las entradas que aquí se ofrecen comparten algo de lo que usualmente es la vivencia íntima del duelo de un ser querido, y hace de ello ocasión narrativa de reflexión pública.

El fantasma omnisciente de la muerte de mi hermano (el “mayor” que hace ya mucho tiempo también es el “más joven” de lxs hermanxs) oficia de materia escritural y de alimento reflexivo. Estos textos son, en ese sentido, un sitio de responso i/localizable en el que asentar algo de esa pérdida siempre inquieta. El acontecimiento del duelo de mi hermano tiene un inicio muy preciso, el 10 de septiembre de 1993, pero no tiene un final puntual, ni tampoco fijable, esperable o siquiera deseable para mí. En todo caso, se re-mueve entre mis textos y envejece conmigo. La muerte de mi hermano me ha regalado el don amargo de una escritura obsesiva y rumiante en torno a la finitud, la pérdida, y la imposibilidad de dar fin a algunos duelos; también me ha permitido saborear la alegría dulce amarga de saber que los tiempos de la sobre-vida están poblados también de gratas compañías y posibilidades inimaginadas.

Todos estas esquirlas textuales de ultratumba buscan, por su parte, aportar a la tarea común y urgente de seguir ampliando y practicando el sentido colectivo del duelo y la colectivización de las pérdidas; contribuir a la proliferación de narrativas múltiples y diversas de experiencias de duelo y de nuestros vínculos profusos con la muerte y con lxs muertxs. Dar el (im)propio duelo puede ser la oportunidad para reflexionar en torno a ese acontecimiento constitutivo de nuestra existencia: somos seres finitos cuyas vidas y cuyas muertes están ligadas inextricablemente las unas a las otras, de maneras diversas y entrañables. Pensar y contar nuestros dolores y nuestras pérdidas es, por tanto, una manera de abordar la relación con lxs otrxs, con la finitud compartida, y con ese umbral poroso que conecta nuestras vidas con la sobre-vida de nuestrxs muertxs.



Me acaban de avisar que ya está listo mi libro sobre el duelo de mi hermano. Ya tiene tapa, solapas, hojas impresas y pronto iniciará ese camino itinerante e impredecible que recorren los textos cuando unx los lanza al mundo. Y ahora que ya está ahí, recién salido del horno, me pregunto si el escrito conjurará su magia y hará que un pedacito de ese duelo deje de ser tan mío. A veces, escribimos para hacer que eso que parece ser tan propio, tan íntimo, deje de serlo; incluso para intentar que algo de lo que duele y está enquistado en nuestra memoria salga a pasear y encuentre quizás en los ojos de lxs lectores el reposo que no halla en nuestro interior.

Todo texto es una tumba, recordatorio irremediable de nuestra finitud, de la fragilidad de los sentidos, de la fugacidad de nuestra presencia. Así que este librito es para mi, el sepulcro movedizo de un duelo siempre inquieto. Yo sé que mi herida, como la que muchxs, no va a desaparecer por haberse hecho texto, pero sí espero que las palabras sueltas ayuden a que el corte cicatrice un poco más. Y que la cicatriz, huella de un duelo ya viejo, inscripción de una ausencia que siempre está presente, encuentre en los ecos de otras heridas y otros dolores, un cobijo en común.

20 de abril de 2021.



Hace tres días que ando con dolores de panza, como es habitual en esta fecha, y hoy me desperté con una puntada en la boca del estómago. Cuando me levanté, tenía las manos apoyadas en mi abdomen, como indicando de dónde venía la alerta que interrumpía mi sueño; pero también -quizás- como una manera de consolarme a mí mismx, porque a veces, lo sabemos, cuando las palabras pueden poco, el tacto ofrece su bálsamo. Al día de hoy, no me acuerdo qué me decía mi tía Pai mientras me consolaba esa noche en mi cuarto, pero sí la recuerdo al lado mío, en mi cama, tratando de hacer lo imposible: contener un dolor que en ese entonces era jóven, pero ya desbordante, incontenible, contundente, incluso irreparable.

Este 10 de septiembre no se me pasó, como otros años, sino que lo vengo esperando desde hace días. Sin ir más lejos, la semana pasada había quedado con Mari para vernos hoy y le adelanté que seguro iba a estar un poco triste porque los diez de septiembre a mí me ponen así, melancólicx por la vida que no fue y adoloridx por la muerte que sigue viva en todxs nosotrxs. Mari es la única persona de mi presente (salvo mi familia) que me conoció

antes de la muerte de mi hermano. Estuvo allí en el velorio (creo), y lo más importante, estuvo allí -y está- en el proceso de duelo (de ello tengo certeza). Asumo que ella intuía que le iba a reprogramar -por h o por b- nuestro encuentro porque a mí, los diez de septiembre, me pegan solitarios la mayoría de las veces.

Los duelos tienen eso, podemos compartirlos con otrxs (a veces es más fácil hacerlo con aquellxs a lxs que estamos unidxs por nuestrxs muertos) pero siempre arrojan un halo de soledad sobre nuestra existencia. Y es que nos recuerdan ese pacto inquebrantable de finitud que nos une a lxs otrxs y que hace que vivir sea, en algún momento u otro, perder a quienes amamos y sentirnos irremediablemente un pocx más solxs en el mundo. A mi juicio, ese sentimiento le hace justicia a quien partió y fue parte de nuestras vidas.

Cuando perdí a mi hermano era una pibita de 14 cuyo mundo afectivo se recluía a la familia y les compañeres del cole y de gimnasia. Me faltaba tiempo y vida para reconfigurar y ampliar esa red de afectos. Ahora, 28 años después, me encuentro rodeadx de amores que le han añadido compañía y riqueza afectiva a mi vida. Me siento enormemente agradecidx por ello, y también por la certeza corporal de saber que cada afecto es insustituible. Por eso trato de darle la bienvenida al amargor que me trae septiembre, a ese recuerdo corporal de saberme más solx en este mundo ante la pérdida de mi hermano. Su fantasmática y obsesiva presencia en mis textos no ha podido menguar la soledad que se instaló en mi (en nosotrxs) ese día en que nos llamaron por teléfono y recibimos la peor y más inesperada noticia. Todo seguía igual, pero nosotrxs habíamos perdido un mundo que dábamos por sentado, y yo aprendía una lección que hubiera deseado que llegara luego: lo que nos ata al mundo, lo que hace sentido, son lxs otrxs, esxs a lxs que estamos irremediablemente ligadxs, esxs a lxs que tal vez tengamos que ver partir. Ese día de septiembre de 1993 yo sufrí mi primer desamarre existencial, un estrepitoso desasimiento, un golpe de soledad. Y hoy lo recuerdo, aquí, en la boca de mi estómago, en la lengua de mis textos.

10 de septiembre de 2021.



Abrí mi propio libro para ver, más bien para chequear, el año de tu muerte. Ahora estaba escrito ahí, de una vez y para siempre, para que no lo olvide, o quizás para que pueda olvidarlo, para que la escritura ancle algo de la fuerza de drenaje del duelo, de los duelos.

1993. Estamos en el 2022. Son 29. En un año, tres décadas.

El aniversario de la muerte de mi hermano no cuenta solo el tiempo que no fue y ya nunca podrá ser; es siempre, también y al mismo tiempo, la constatación de mi propia vida, de la duración de mi sobre-vida, del furioso e indetenible transcurrir del tiempo. Este año cumpla 44, la edad que tenía mi vieja cuando Nico se murió. Mi mamá me parecía re grande en aquel entonces. Asumo que ahora lo que está grande soy yo. Envejecí. Envejecimos. Cuánta vida. Cuánta muerte. Cuántos dolores y alegrías.

¿Alguna vez se preguntaron a qué sabe un duelo viejo? ¿Qué hacen los años con sus colores? ¿A qué huele? ¿Cuáles son sus rugosidades sensitivas y afectivas? ¿Cómo envejecen los duelos?

Mi duelo tiene arrugas. Yo también. Mi hermano, no.

10 de septiembre de 2022.



44.

Y finalmente ocurrió, tengo la edad que tenía mi mamá cuando falleció mi hermano. Nada ha cambiado, y aún así todo es diferente.

Estoy viejo y me he obsesionado con los tiempos de la sobrevida, de todo eso que viene luego de nuestras muertes y de nuestros muertos, de los giros que le imprimen al tiempo de la existencia, a la conciencia de la finitud, a ese saber del indetenible crepitar propio y ajeno.

Hace mucho que vengo escribiendo sobre la sensación de tener ya demasiada vida adherida a los tejidos de mi cuerpo. Pegada entre las articulaciones, escondida en los recovecos cavernosos de mi esqueleto, recubriendo como una piel endurecida cada hueso, cada músculo, cada tendón. No son las cicatrices, ni las arrugas, ni las canas lo que más me cansa; es más bien lo abrumador de lo-sido, de lo que ya pasó y no tiene remedio, de las huellas que han llegado para quedarse y aún así se niegan a ser vistas con claridad o cartografiadas con precisión. Es todo ese dolor y esa tristeza que he vivido y atestiguado, todos esos desgarros que se encarnan pero no se dejan ver, el ensordecedor quejido de un mundo herido que, a veces, solo reverbera en mí como un murmullo imposible de acallar.

Lo que más me pesa no es la cercanía de la muerte. La muerte de alguna manera hace la vida más ligera, la vuelve más ingrávida, le recuerda el destino común de todo lo viviente: el desamarre más radical. No, no es la muerte que se avecina lo que más me

inquieta. Es la intensidad dulce-amarga de la vida, de todo-lo-ya-atravesado, de todo ese placer, ese dolor, ese tedio y esa excitación, toda esa suavidad y esa rispidez mezclada y superpuesta, lo que a veces se vuelve insoportable para mí. Toda esa vida que se agolpa pegajosa y sin piedad dentro, en lo que recuerdo y en lo que olvido. Ese despilfarro que rebasa cualquier sentido, la promesa de una terquedad que insiste.


El problema con envejecer, para mí, es la sobre-vida, la inevitable patencia de una existencia que desborda y se acumula a la vez. Quizás sea justamente por eso que, con el correr de los años, los tiempos y los movimientos tienden a volverse cada vez más lentos, más parsimoniosos, más extensos. No es tarea menor arrastrar todo lo que se arrastra cuando la inmensidad de la vida ha comenzado a acumularse dentro de unx.

No, no es una tarea menor andar con toda esta sobre-vida a costas.

25 de noviembre de 2022.

Fecha de recepción: 2 de mayo de 2023

Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2023

Licencia  Atribución
– No Comercial – Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

